

SAMUEL IGLESIAS IGLESIAS

THE DARK LEGEND

The dark legend

Samuel Iglesias Iglesias

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17049-65-2

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2017 Samuel Iglesias Iglesias

© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

THE DARK LEGEND

The dark Legend (La leyenda oscura)

Era un día caluroso de verano, un fabuloso mes en el que la gente se iba de vacaciones a muchos lugares de España y los más afortunados a algún sitio fuera del país, pero mi familia no pasaba en estos momentos una situación económica muy favorable, así que este año nos decidimos por unas vacaciones mas económicas y nos fuimos al pueblo a pasar una temporada con mis abuelos.

Ellos vivían al suroeste de Castilla y León, en un pueblo limiando con Extremadura y Portugal. Un lugar en el que reinaba la paz y la tranquilidad que no podías tener en una ciudad. Rodeados por miles de hectáreas de bosque de robledal y una gran cantidad de fauna que de muy de vez en cuando se dejaban ver. Este pueblo, se llamaba El Payo.

Me encontraba en mi cama durmiendo tranquilamente, envuelto en un sueño en el que estaba caminando sin rumbo por un campo muy bonito que de repente se convirtió en un lugar oscuro y tenebroso; la verdad es que no era muy agradable, porque en un momento determinado me caí por un agujero que se abrió en el suelo de golpe sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo, pero justo en el instante en el que iba a llegar al suelo, desperté sobresaltado de aquel sueño, quedándome sentado en mi cama, sudando y con el corazón latíéndome tan fuerte que pensé que se me iba a salir del pecho. Di un suspiro de alivio, me alegraba que aquello solo hubiese sido una pesadilla, y ya cuando estaba mucho más tranquilo, miré el reloj y vi que eran las seis y media de la mañana.

El sueño se me había pasado de golpe, además no me apetecía volver a quedarme dormido ya que mis padres no creo que tardasen mucho en levantarse para empezar a preparar las cosas para irnos al pueblo.

Me quedé tumbado en la cama un rato más mirando al techo, pensando en mis cosas, y aparte haciendo tiempo hasta que mis padres se despertasen. Hubo un momento, en el que mi estado de vigilia se despistó un poco y los ojos se me cerraron, pero justo en el instante en el que iba a quedar dormido, escuché golpear la puerta de mi habitación repetidamente dos o tres veces, y a continuación la voz de mi madre diciéndome:

—Mark, venga cariño, levanta que nos tenemos que ir al pueblo.

Abrí los ojos, miré el reloj y vi que eran las siete de la mañana, tan solo había pasado media hora desde que me desperté la primera vez. Me levanté de la cama, y comencé a vestirme, poniéndome lo primero que encontré sin andar buscando mucho. Más tarde, estuvimos desayunando los tres juntos en la cocina, mi padre, mi madre y yo, y a continuación, por fin, sobre las diez menos cuarto, después de haber cargado las maletas en el Ford Focus de mi padre, nos fuimos dirección al pueblo.

El viaje se hizo un poco largo, había veces que para pasar el tiempo jugaba a un juego absurdo que consistía en ir contando los coches que pasaban por el carril contrario, o los árboles, o simplemente me dejaba llevar por mis pensamientos.

Observé el reloj por tercera vez ese día; era la una y media del mediodía, ya faltaba poco para llegar al pueblo porque se comenzaba a ver mucha más cantidad de árboles y si abrías la ventanilla del coche, podías percibir el agradable olor a aire puro, a naturaleza. La sensación que te daba era muy gratificante, ese cambio de aires, de paisaje, era como estar en

otro mundo mucho mejor, esa era la sensación que me proporcionaba a mí el campo, sobre todo mi pueblo al que siempre he añorado tanto.

Por fin llegamos al pueblo. Nos dirigimos por la calle principal hacia la casa de mis abuelos, y durante el trayecto, la verdad es que se veía bastante gente para la que solía haber habitualmente, también es verdad que era verano y vísperas de fiesta.

Había una cosa que a mí siempre me ha llamado mucho la atención y es porqué la gente de los pueblos cuando ven un coche que habitualmente no reside allí, o cuando ven a alguien que no conocen, se te quedan mirándote, y eso me hace mucha gracia porque una vez hace ya algunos años, vine con mis padres al pueblo y alguien que no me acuerdo quién era, se quedó mirándonos con un descaro impresionante y sin pestañear, hasta tal punto que no se dio cuenta que se dirigía hacia una pared, y por no mirar a donde tenía que hacerlo, se empotró contra ella cayéndose al suelo, pero enseguida se levantó y siguió su camino, eso sí, yo me harté de reír ese día.

Llegamos al fin a casa de mis abuelos. Era una casa típica de los pueblos, simple, de piedra y con poca altura, pero con unos muros de un metro de grosor que en verano hacía que la casa estuviese fresca y en invierno, con una buena chimenea no pasabas frío.

En la puerta de la casa, se encontraba mi abuelo, recibiendo nuestra llegada con una sonrisa que se marcaba en su piel envejecida que a pesar de su edad, siempre se le veía alegre. Iba vestido con un pantalón largo oscuro, una camiseta y un jersey verde de invierno. Y es que, a pesar de todo, aunque estuviésemos en verano, a plenos 33 grados de temperatura, él siempre se ponía el mismo tipo de ropa hiciese frío o calor, porque decía que lo que quita el frío, quita el calor y será verdad, porque por lo menos a él no parecía importarle mucho llevar eso puesto.

Al detener el coche debajo de un tejadillo al lado de la casa, mi abuelo se acercó a recibirnos. Nos bajamos del coche, y dijo mi abuelo:

—¿Qué tal el viaje, bien?

Le respondió mi madre con una sonrisa:

—Bien papá, no hemos encontrado apenas tráfico, ¿y mamá, dónde está?

Mi abuelo le respondió señalando hacia la casa:

—Esta ahí en casa preparando la comida, que tendréis hambre ya, ¿no?

Respondí yo sonriendo:

—Bueno, un poco abuelo, je, je.

Mi abuelo me miró y me dijo, cambiando de tema:

—Mark, ¿te gusta la pesca?

Yo asentí con la cabeza mirándole fijamente a sus ojos y me respondió:

—Si quieres, esta semana cualquier día podemos ir al río los tres: tú, tu padre y yo; es un sitio donde hay truchas bien grandes.

Yo le respondí encantado:

—Vale, yo por mí, abuelo, cuando quieras.

Dijo mi padre antes de que contestara algo mi abuelo:

—Yo también estoy de acuerdo.

Los tres asentimos con la cabeza y a continuación, dijo mi abuelo mientras se dirigía a casa con una de las maletas:

—Entendido, pues tenemos que ir pronto, que si no, se acaban las truchas je, je... venga, vamos para adentro que hay hambre.

Caminamos todos hacia la casa, y a medida que nos acercábamos a la puerta, un olor a comida cada vez más intenso, se adentraba en nuestras fosas nasales, haciendo que instintivamente y por las horas que eran, nuestras tripas rugieran.

El interior de la casa estaba repartida como las típicas viviendas de los pueblos, según entrabas por la puerta había un largo pasillo, a mano izquierda, una puerta que comunicaba con la planta de arriba, o como en mi pueblo lo llamaban, "la troje". Un poco más adelante en el mismo pasillo existía otra puerta que daba a la despensa, y justo enfrente de la despensa estaba la cocina; luego, al fondo del pasillo se encontraba una habitación grande que tenía dos alcobas.

Entramos en la cocina, y allí se encontraba mi abuela haciendo la comida en el gas, y pude testificar lo que ya anteriormente sospeché a través del olor, vi que estaba haciendo patatas fritas con carne asada. Comprendí que no había sido casualidad que mi abuela hiciese esa comida, yo sabía muy bien que la había hecho por mí, porque sabía que me encantaba.

Mi abuela se dio la vuelta, sonrió y nos dijo dirigiéndose a nosotros para saludarnos y darnos dos besos:

—¿Ya habéis venido? Cuánto me alegro de que estéis bien, je, je.

Respondí yo:

—Sí, abuela, el viaje ha sido muy tranquilo.

Mi abuela me miró y dijo como si hiciera siglos que no me veía:

—Mark, cuánto has crecido, ¿ya tenías ganas de venir?

Le respondí a la vez que pensaba en lo de crecer:

—Sí, la verdad es que sí.

Ella se quedó mirándome un par de segundos, y dijo:

—Pues nada, sentaos a la mesa que ya está la comida.

Mi madre, en ese momento le respondió:

—Espera mamá, que yo te ayudo.

En lo que mi madre y mi abuela servían la comida, nosotros tres nos sentamos cada uno en nuestro sitio, y esperamos ansiosos a comer.

Durante la comida, estuvimos hablando de todo un poco, por ejemplo, mi abuela nos contó que hacía un par de meses o así, tuvo un pequeño percance al subir el escalón que hay en la puerta de entrada de la casa, se ve que se tropezó y se cayó, haciéndose bastante daño en una pierna, por eso ahora, de vez en cuando se tenía que ayudar de un bastón para caminar, pero por lo que siguió contando, no había querido ir al médico, ahora entiendo muy bien a quién de cabezota había salido mi madre.

Hubo muchas más historias aparte de la que nos contó mi abuela, pero, sobre todo, la que más me llamó la atención fue la que nos narró mi abuelo. Fue algo que le ocurrió hace muchísimos años y en aquel momento no pude imaginar lo que iba a significar para mí esa historia, durante los días que pasamos en el pueblo. Decía así:

Hace aproximadamente cuarenta años, en el pueblo había un pastor que cada día, independientemente del tiempo que hiciese, salía al campo con sus cuatro únicas ovejas desde que salía el sol, hasta que se empezaba a poner por el horizonte. Un día, el pastor se levantó como cada día a las seis de la mañana. Los primeros rayos de luz solar de color naranja entraban por la ventana, iluminando la habitación de un color fuego, que le daba a la casa un aspecto mágico, pero al mismo tiempo, terrorífico.

Después de desayunar y de arreglarse como cada mañana, Esteban, que así era como se llamaba el pastor, salió de su casa y se dirigió por un pequeño camino de tierra hasta la

cuadra donde tenía a sus ovejas, que estaba a tan solo unos cuantos metros de su casa.

Era el mes de diciembre, el terreno aún estaba helado, los árboles, la hierba, las zarzas, todo tenía un aspecto blanco por las bajas temperaturas de esa noche. El suelo no se había quedado blanco, pero crujía a cada pisada que Esteban daba en él, haciendo que fuera el único sonido que se escuchaba en aquel lugar en ese preciso momento donde a esas horas la mayoría de la gente del pueblo, salvo los madrugadores como él, aún estaban durmiendo; de hecho, la gente decía que Esteban madrugaba más que algunos gallos del pueblo que eran los que normalmente daban los buenos días.

El pastor llegó a la cuadra, y sacó a sus cuatro ovejas como cada día. Siempre tomaba el mismo camino, solía ir hacia el río atravesando la gran dehesa del pueblo; era una zona que él conocía desde siempre, no es fácil para nada perderse, más aún, llevando toda la vida caminando por ese lugar, pero ese día no fue como otro cualquiera.

Aquel precioso día que había amanecido sin una sola nube, de pronto cambió. En el cielo, comenzaron a formarse grandes nubarrones de color negro, juntándose unos con otros tapando al sol y haciendo el paisaje oscuro y sombrío. A continuación, se empezó a levantar una brisa de aire que cada vez era más y más fuerte.

Nadie en el pueblo se pudo imaginar que aquel día tan bueno que había amanecido en el pueblo, ahora era todo lo contrario. Nubarrones negros amenazantes estaban en el cielo, preparándose para descargar toda su furia contra el terreno que ahora tenía un aspecto pintoresco.

La tormenta no tardó mucho tiempo en desatarse. Los relámpagos, viajaban por el cielo como culebras de color blanco que parecían estar bailando al unísono de los truenos.

Enseguida comenzó a llover, pero era un agua tan fuerte que la tierra era incapaz de absorber, provocando que se formaran charcos y muchas tierras quedasen anegadas, estropeando algunos huertos que tanto tiempo les había costado a la gente hacer y que tan solo en cuestión de minutos fueron destruidos por la furia de la tormenta.

A pesar de todo eso, lo malo no era que algunos huertos se hubieran estropeado, al fin y al cabo, eso siempre se podía arreglar, pero lo peor era que Esteban, el pastor, no había vuelto a casa desde esa mañana, y ya eran las cuatro de la tarde; en pocas horas se haría de noche.

La mujer de Esteban, Hermelinda, estaba en casa preocupada por su marido, que ya tenía que haber llegado hacía dos horas a casa. Ella sabía que no era normal que tardase tanto, tenía la corazonada de que algo le tenía que haber pasado a su marido, y apenas quedaban dos horas y media para que empezase a oscurecer y a bajar la temperatura.

Ella miraba el reloj desesperada, caminaba hacia la ventana de la casa y miraba a ver si lo veía aparecer por algún sitio, pero no divisaba a nadie. Estuvo esperando media hora aproximadamente, y durante ese tiempo, muchos pensamientos negativos de cosas que le hubieran podido ocurrir a su marido pasaron por su cabeza. Al final, al ver que seguía sin aparecer y que ya había dejado de llover, salió de casa y se dirigió hacia la casa de la vecina a contarle lo ocurrido e intentar buscar alguna solución. Dentro, se encontraban la dueña de la vivienda, su marido, y un tío de mi abuelo. Entre los cuatro, estuvieron discutiendo la situación y qué es lo que iban a hacer. No podían perder mucho el tiempo porque la noche se les iba a echar pronto encima, así que, al final, decidieron salir los dos hombres junto con otros dos más que avisaron posteriormente.

Los cuatro, ataviados con ropa de abrigo y con las pocas provisiones que pudieron coger antes de salir del pueblo, cami-

naron hacia la dehesa a paso ligero, básicamente porque en apenas una hora empezaría a oscurecer, y las lámparas de aceite no eran suficientes para iluminar la oscura noche.

Ellos conocían bien a Esteban de toda la vida, sabían por dónde se movía con sus ovejas, siempre iba por los mismos sitios, así que no sería muy complicado encontrarle, siempre y cuando las condiciones meteorológicas y la iluminación lo permitieran, pero se dieron cuenta un poco más tarde que a lo que el tiempo se refería, no les iba a resultar nada fácil, porque estaba comenzando a nevar y a levantarse cada vez más aire, poniendo sus vidas en juego, porque en cualquier momento se podía caer un árbol o una rama encima de ellos.

Caminaban por un sendero de tierra, alrededor se extendían cientos y cientos de metros de árboles. La nieve cada vez más intensa, dificultaba mucho la visión; además, que con el fuerte viento que hacía, la nieve se les metía en los ojos, poniendo las cosas todavía peor y, por si fuera poco, ya había caído la noche sobre ellos. La única solución que les quedaba era fiarse de sus lámparas de aceite, y rezar para que no se apagasen, porque si lo hacían ya se podían dar por muertos.

En apenas una hora, la nieve ya se dejaba ver sobre los árboles y la tierra, y no dejaba de caer copos cada vez más grandes. Lo peor de todo no era la nieve, sino lo difícil que se hacía avanzar, porque había tal cantidad de nieve en el suelo, que, a cada zancada, los pies se hundían casi hasta las rodillas, dificultando y retrasando cada vez más el avance.

Pasaron los minutos, pero para ellos cuatro parecieron más bien horas. No podían seguir avanzando, pero tampoco podían darse la vuelta porque las condiciones meteorológicas eran tan fuertes, que por un momento se vieron desorientados, todo les parecía igual, no sabían cuánto tiempo hacía que habían salido de casa, estaban perdidos, así que no les quedó más remedio que buscar algún refugio, por lo menos hasta que parase de nevar, y por suerte más adelante y sin saber

cómo, encontraron una casa abandonada de madera que dieron con ella por pura casualidad.

Helados de frío, desorientados y pensando que de aquella no iban a salir con vida, nunca se alegraron tanto de encontrar una casa, y se dirigieron los cuatro decididos hacia ella.

Era una vivienda simple, de madera, que parecía llevar años abandonada pero, aun así, sería un refugio perfecto al menos hasta que terminara la tormenta.

Se acercaron a la puerta, y antes de entrar se detuvieron un momento para mirar por las ventanas a ver si veían alguien dentro o quizá comprobar si estaba Esteban dentro de ella, pero parecía que no había nadie allí, por lo menos a simple vista.

El tío de mi abuelo fue el primero que puso la mano sobre la puerta, y para su sorpresa, estaba abierta.

Entraron uno a uno, en silencio, no sabían lo que se podrían encontrar allí adentro. Quizá podía haber algún animal salvaje que buscó también refugio como ellos, o alguien escondido preparado para atacar, nunca se sabe, así que ellos, ante todo tomaron precauciones, pero tras registrar la casa de arriba abajo, solo descubrieron suciedad y trastos viejos de los antiguos residentes, allí no había nada ni nadie.

Una vez registrada la casa y ver que todo estaba en orden, decidieron coger todo lo que pudiese servir para hacer un buen fuego en la chimenea para entrar en calor, que buena falta les hacía. Cogieron tablas de los armarios ya medio rotos, rompieron algunas sillas de madera, también recogieron algunos periódicos antiguos de hacía veinte años, guardados en un baúl, y con todo aquello prendieron la chimenea que había en el salón.

Permanecieron los cuatro hombres calentándose frente al fuego durante un buen rato. El frío se les había pasado ya, ahora hablaban tranquilamente sobre Esteban, el pastor,

dónde podía estar, si estaría vivo o muerto, etc. Pero de pronto, la conversación fue cortada al escuchar unos golpes en la puerta de la casa. Todos se quedaron mirándose unos a los otros sin entender qué o quién estaría llamando a la puerta.

Ninguno de ellos entendía nada, estaban callados mirándose mientras los golpes continuaban, hasta que al final, fue el tío de mi abuelo quien se armó de valor, se levantó de la silla, y sosteniendo un palo, se acercó sigilosamente a la puerta de donde procedían los golpes.

Al llegar allí, se detuvo y esperó a ver qué se oía, pero para sorpresa de todos los presentes lo que se escuchó a continuación fue algo sorprendente y que ninguno se pudo haber imaginado, parecía la voz del pastor.

En ese momento, el tío de mi abuelo le abrió la puerta, y allí estaba Esteban al otro lado, empapado de agua, con un abrigo de forro polar, gorro de lana y bufanda, dejando solo al descubierto sus ojos.

Enseguida lo metieron dentro de la casa y lo llevaron hacia la chimenea para que entrara en calor. También le ofrecieron que se quitara la cazadora y se destapara un poco la cara, pero se negó en todo momento, ninguno sabía el porqué.

Notaron algo raro en esa persona, como por ejemplo que apenas hablaba, y se comportaba de una manera extraña, pero supusieron que a lo mejor era por la situación tan traumática que acababa de vivir, perdido en la nieve con la muerte tan de cerca, así que no le dieron mucha importancia al asunto.

La noche pasó sin más incidentes, a pesar de todas las horas posteriores que transcurrieron bastante tranquilas, todos delante de la chimenea pensando en que al fin habían conseguido su propósito, aunque en realidad era el pastor quien los había encontrado a ellos.